

*Diario político y sentimental*

Barcelona: Planeta, 1999



**L**A PRIMERA NOTICIA de este libro la tuve el 1 de diciembre del 98, en un coloquio sobre crónica, periodismo y literatura organizado por la Unidad de Estudios Biográficos y en el que participó Francisco Umbral. En su intervención se refirió precisamente al libro que estaba escribiendo. Un diario, dijo, inspirado en el modelo de *El quadern gris* de Josep Pla, es decir, un diario personal de grosor considerable y estructurado en el arco cronológico de un tiempo establecido: los años 1918 y 1919 fueron los elegidos en el caso de Pla, los doce meses transcurridos entre septiembre de 1997 y septiembre de 1998 en su caso. Excelente noticia, me dije, nos dijimos en la Unidad, recordando a Pla y su *quadern gris*. El escritor ampurdanés y Francisco Umbral, si uno se detiene a pensarlo, tienen muchos elementos en común: como escritores, ambos son grafómanos impenitentes que han combatido una temprana concepción nihilista y desengañada del mundo con la literatura: tantas páginas como días de profesión, como quien dice. Ambos galvanizaron un espacio—Madrid en un caso, el Ampurdán en otro— infundiéndole una proyección que esos espacios, míticos ahora pero desarbolados décadas atrás, no tenían, conjurando para siempre su deterioro. Ellos, Pla y Umbral, decidieron proteger la corrosión real de esos lugares, la corrosión en definitiva de toda cosa viva, por una fina pero indestructible película de palabras. No importa lo que sea ahora del Café Gijón, como no importa lo que pueda edificarse en la playa del Canadell o junto a los acantilados de Aiguablava. O mejor dicho, ahora nos importa, claro, por la nostalgia que estos soberbios escritores inculcaron en nuestra memoria de algo que tal vez no llegamos a conocer o no vivimos de cerca. Es la magia de la literatura: yo siempre veré Madrid con algo de la lente de Umbral, no puedo no hacerlo porque su mirada es ya una pátina más incorporada plenamente a la ciudad y a las gentes que la habitan.

Por otra parte, también la escritura de los dos gira en torno a un centro inmóvil, y por supuesto real —la dacha de Majadahonda, la masía de Palafrugell— que genera todo lo demás. Los grandes escritores —Pla lo es y Umbral también— no se contentan con abrir vastas perspectivas más allá o más acá de lo real, con iluminar a base de mucho talento nuestra

incertidumbre. De manera que sus huellas pueden también percibirse en el mundo real: por dónde pasan, allí dónde viven, quedan vestigios del gran fuego que los habita: sus rutinas, sus casas, sus lecturas, sus obsesiones (la de Pla, la cocina; la de Umbral, la mujer), sus amores,... Todo, en fin, alcanza una luz especial, una intensidad determinada. Sus vidas son como una pequeña victoria sobre la vida efímera y no escrita de la mayoría. De modo que no es extraño que ambos hayan tejido su obra con mimbres que les distinguen de todos sus contemporáneos. Estos mimbres son la autobiografía y la crónica. Es como decir que su obra se articula a partir de una doble necesidad: la necesidad de dar perdurabilidad a la propia experiencia, en un sentido personal y otro colectivo: su vida y su tiempo. Les guste su vida o no, estén conformes con su tiempo más o menos, allí están ellos puntualmente levantando acta de lo que sienten, escribiendo de lo que ven -ya sea la segunda república o la transición-, construyendo día a día, frase contra frase, el edificio de su obra. Su lenguaje.

Ninguno de los dos tiene vocación de novelista (que me perdone Umbral, Pla afortunadamente no me oye). Porque su paradigma es otro, más radical y menos complaciente, y por ello no siempre bien comprendido. Ambos hablan, en sus diarios, sin levantar la voz porque los dos entendieron como nadie el perfil bajo y antiheroico que exige la escritura diarística.

Nada peor en un diario que encontrarse con una voz engolada o profesional que le busca al género una rentabilidad con intereses, porque el diario surge de una necesidad no satisfecha por los géneros mayores e institucionales. La novela, el ensayo, el teatro, la columna periodística, no admiten la libertad más que en dosis establecidas. En estos géneros, el autor debe sujetarse a un argumento por minúsculo que sea (caso de la novela), a una coherencia expositiva (el ensayo), a una escenificación de la palabra (el teatro) o a un espacio estipulado y previsto de antemano (la columna). Mientras que el diario, y como ha señalado ya Philippe Lejeune, es por definición antiinstitucional: es el espacio donde uno construye o recupera su identidad: contra la vida de familia, contra la presión exterior, contra la tiranía de la premeditación, contra lo de fuera, digámoslo así, y en beneficio de lo de dentro. Tal vez por eso no es nada

fácil estudiar un diario, ¿cómo analizarlo, en función de qué modelos? Quizá lo mejor sea observar el trenzado de su escritura: la forma fragmentaria y repetitiva del diario impone un análisis rítmico, casi musical: variaciones, encadenamiento de melodías... La distribución del tiempo a partir de las entradas, su extensión, su estructura interna, el entrecruzamiento al hilo de los días de otros géneros queridos por el autor (aforismos, breves relatos, descripciones, pensamientos) son factores cuyo estudio permite reparar en la estructura que sustenta un diario en particular. Por ejemplo, en el diario de Umbral hay unas líneas de fuerza en torno a las cuales irradia la escritura en sucesivos círculos concéntricos: los temas van siendo los mismos, claro, porque son los que en un momento dado pautan la vida del escritor. Simplemente se modifica su densidad, la manera de abordarlos (más leve o más profunda), la voluntad de proyectarlos en lo público para convertirlos en algo más. La fractura de un pie, la enfermedad de Carmen Díez de Rivera (tal vez se abuse un poco de ella para pulsar la cuerda dramática del diario), las mujeres que cruzan por su vida social, una misteriosa Oriana descrita con la mayor delicadeza, su gato Loewe, el jardín de su casa siempre visto muy de mañana (que es cuando escribe y más lo necesita, supongo). La vida pública está presente siempre que Umbral pueda abordarla desde un perfil psicológico, en esa voz baja de la que hablábamos... Aquí están los motivos de este diario.

Pero hay diferencias sustantivas de timbre o de metal entre los diarios de Pla y los de Umbral: el metal de Pla es cínico, el de Umbral es poético. Y para ceñirme al *Diario político y sentimental* -yo lo hubiera titulado de otra manera, porque su enunciado actual aparenta una superficialidad que no tiene en absoluto- hay una diferencia fundamental con *El quadern gris*: en este último Pla reescribió el diario adolescente hasta fijarlo en la edición que conocemos de 1966. De modo que el lector común que ignora este detalle queda sorprendido ante su lectura: lee un diario técnicamente fechado entre los 18 y los 19 años de su autor pero el tono es otro. Ningún joven dispone de esa madurez en la mirada. Es imposible.

En el caso de Umbral evidentemente esto no es así. Es decir, no hay disparidad alguna entre el sujeto que escribe y el tiempo que evoca. No cabe la menor duda de que es el diario de un hombre maduro, un

diario casi crepuscular. ¿Por qué digo eso? Porque la impresión más perdurable del libro es que el autor al escribirlo se ha propuesto dar cuenta de un hecho evidente aunque no por ello menos radical para todo ser vivo. Hablo de un principio inexorable al que García Márquez gusta de referirse con frecuencia, y es que la vida tiende a la fatiga. Y este libro sutil y envuelto en suavidades, muy lejos del feroz lirismo de *Mortal y rosa* o de la confesión desnuda de *Diario de un escritor burgués*, y muy lejos también de la crónica social, tan del gusto de Umbral y que tantos minutos de gloria ha repartido, en este libro, digo, hay una dominante sensación de silencio y de ensimismamiento, de cansancio y al mismo tiempo de quietud, como si de pronto su autor hubiera descubierto que el camino solitario es la mejor compañía. Si tuviera que marcar el color del libro, este color sería el blanco. Es el color de la nieve, quizás el color que

toma la infancia a cierta edad, es el color de la luz tibia y mañanera que tienen muchas páginas del libro, el color de las nubes que arrastran a Umbral a queridas lejanías, es el color, en fin, de una mente lúcida y cansada que ha logrado una especie de equilibrio entre el cálculo de la vida y la libertad que necesita para seguir siendo lo que es, un gran escritor.

Anna Caballé

(Texto leído en la presentación del *Diario político y sentimental* el 9 de febrero de 1999 en el Teatro Real de Madrid.)